

SEMANA SANTA - 2024

DOMINGO DE RAMOS – «La entrega de Jesús».

Comenzamos los días más importantes para los cristianos, en los que vemos a Jesús entrando en Jerusalén, dándose a todos como Alimento, haciéndose servidor humilde, muriendo en la Cruz, y resucitando para vencer la muerte.

Hondas lecciones de Amor, de Obediencia, de entrega y de Vida Plena. Lecciones para el mundo entero, y para nosotros, que queremos seguirlo. Pero no son unas “fiestas más”, unos días de celebración que ya tocan. Nos metemos de lleno en lo esencial de nuestra fe: todo es preparación de lo nuclear, la resurrección. Ya lo dirá Pablo: «*si Cristo no ha resucitado nuestra fe no sirve de nada*».



El Domingo de Ramos es el inicio de estos días en que nos sentimos invitados a acompañar a Jesús, y a identificarnos tanto con Él, que de verdad sepamos llevar su Amor a los hermanos. Jesús viene en nombre del Señor, y lo aclamamos también con ramos y cantos porque es nuestra Paz. Montado en un pollino, que es tanto como decirnos que es posible la sencillez, la

entrega y la paz entre todos (sus seguidores, al menos), y la reconciliación entre las personas y los pueblos.

Ante la dificultad, la negación de los suyos, el abandono de los cercanos y hasta el aparente abandono de Dios, ni se resiste ni se echa atrás. Confía en la entrega del Padre, y sabe que nunca quedará defraudado. De condición divina ¡el Hijo de Dios! Toma obediente la condición de esclavo y se humilla hasta la entrega total. Por eso Dios lo exalta y le da el Nombre sobre todo nombre.

Clavado en una Cruz sigue siendo Vida y acogiendo con Él a todos los crucificados de la vida por el desamor, la duda y la violencia. Hasta en la Cruz se apunta la Vida para Jesús y para todos. La Cruz es sementera de Vida Resucitada. Donde parece reinar la muerte, hay promesa (que se cumple) de Vida.

Volvamos al evangelio que hoy se proclama. Algunas Palabras de Jesús las conocemos ya, todas son de perdón, de confianza y de entrega a Dios:

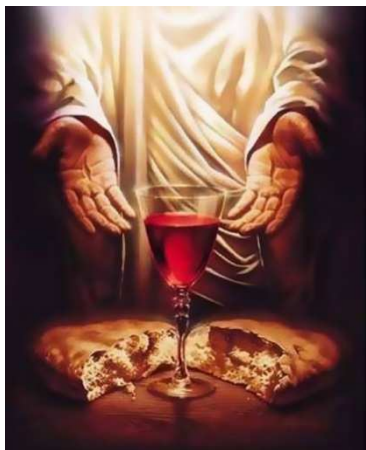
– Tomad esto, repartirlo entre vosotros: Pan y Vino, Cuerpo y Sangre que se entrega para la Vida del mundo. “**LA EUCARISTÍA**”.

– De entre vosotros, el que quiera ser el mayor, que se haga el esclavo de todos. “**EL SERVICIO**”.

- No se haga mi voluntad, sino la Tuya. “**LA OBEDIENCIA**”.
- Soy el Hijo de Dios, el rey de los judíos. “**LA GRANDEZA**”.
- Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen, “**EL PERDÓN**”.
- Hoy estarás conmigo en el Paraíso. “**LA PROMESA**”.
- Padre, en Tus manos encomiendo mi espíritu. “**LA CONFIANZA EN DIOS-PADRE**”.

JUEVES SANTO – «El mandamiento del AMOR».

Un año más, nos reunimos convocados alrededor del altar, hoy, en este Jueves Santo y el motivo central de esta celebración es la institución de la Eucaristía, cuando el Señor se reúne con los discípulos a celebrar la Pascua.



Pero la Eucaristía que el Señor instituye es la manifestación del amor de Dios, por lo que de la institución deriva el gran mandamiento de la nueva Ley: el mandato del amor. A la vez y, para perpetuar su sacrificio hasta su segunda venida, capacita a los doce para que realicen este mismo gesto hasta su vuelta, por lo que podemos considerar este Jueves Santo, también, como el día de la institución del sacerdocio.

En la celebración pascual, el Señor instituye el que será el memorial del único sacrificio redentor, sacrificio, no de animales, sino del único Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, banquete de comunión en que Cristo mismo se da como alimento.

El pan partido será el cuerpo entregado; la copa de vino, la sangre derramada.

Instituyendo este memorial, el Señor nos indica la participación sacramental de los discípulos (y, a través de ellos, a todos nosotros) en el sacrificio redentor y nos introduce hasta el fondo del misterio eucarístico haciéndonos llegar a cada uno el don divino hecho al mundo en la Encarnación.

Te quedas, Señor.

Te quedas, Señor:

*En el pan, para calmar nuestra hambre espiritual
Y, cuando te vemos partir y repartir así la hogaza,
vemos que nos amas
hasta el extremo que tu Cuerpo,
se desangra y se derrama en sangre,
para que, nosotros tus amigos,
tengamos asegurado alimento en nuestro caminar.*

*Te quedas, Señor:
Y, al quedarte entre nosotros,
lo haces como el que siempre sirve y se da.
Como el que, arrodillándose o inclinándose
nos indica que el camino de la humildad
es el secreto para llegarnos hasta Dios
y para mitigar penas y sufrimientos.*

*Te quedas, Señor:
Con un amor tremendamente asombroso
nos enseñas el valor de la fraternidad
la clave para vivir contigo y por Ti.
La llave para, abriendo la puerta de tu casa
contemplar que, el interior de tu morada,
está adornado con el color del amor
y con la entrega de tu sacerdocio
o con el sacrificio de tu vida donada.*

*Te quedas, Señor:
Para que, sin verte,
te adoremos en tu Cuerpo, en tu Sangre.
Para que, al llevar el pan hasta tu altar,
nos acordemos que es signo de tu presencia.
Para que, al repartirlo entre los necesitados,
comprendamos que es sacramento de tu presencia.*



*Te quedas, Señor:
Y nos dejas un mandamiento: ¡Amaos!
Y nos sugieres un camino: ¡El servicio!
Y te quedas para siempre: ¡La Eucaristía!
Y eres, sacerdote que ofrece
Y eres, sacerdote que se ofrece
por toda la humanidad.
Gracias, Señor.*

P. Javier Leoz

Por tanto, el cristiano que, mediante el banquete de comunión participa de este sacrificio se convierte en miembro de Cristo. Somos así, todos, miembros de un único cuerpo que es la Iglesia. Es pues la Eucaristía la que hace la Iglesia.

Esta Eucaristía es, pues, la manifestación del amor de un Dios que haciéndose carne y muriendo por nosotros nos hace miembros de su cuerpo. Por tanto, participar de este banquete eucarístico es adquirir el compromiso de manifestar al mundo este amor de Dios. Por eso la institución de la Eucaristía lleva consigo el mandamiento del amor: porque Dios nos ha amado primero, tenemos que amarnos unos a otros con un amor de entrega y comunión.

Un amor que tiene que generar la unión de los hombres entre sí y de los hombres con Dios; amor que está anunciado y significado en el gesto que realiza el Señor de lavar los pies a los discípulos (explicarlo brevemente) y que genera la obligación de lavarnos los pies unos a otros.

Pero para que esta unión sea posible a través del gesto eucarístico capacita a los doce y a sus sucesores para que, a través de la historia, sean los dispensadores de sus misterios hasta su segunda venida. Es, pues, la Iglesia la que hace la Eucaristía. Partir y compartir el Pan de la Eucaristía supone, pues, el compromiso de vivir el amor a los hermanos.

VIERNES SANTO – «He aquí al Hombre».

El evangelio de hoy no es un texto breve, sino el relato de los últimos acontecimientos de la vida del Señor según nos los ha transmitido san Juan. Después de haber escuchado su proclamación seguida, sería bueno que en casa lo pudiéramos leer despacio y detenernos en cada escena, en cada frase, para hacer oración. La finalidad de este relato, como nos indica el autor al final del mismo, es para que *«también vosotros creáis»*.



Es un precioso relato destinado a fortalecer nuestra fe en el Señor. *«He aquí el hombre»*. Esta es la famosa frase de Pilato en el pretorio cuando, después de mandar azotar a Jesús, lo presentó de nuevo a los judíos que allí se habían congregado. Es una frase incorrecta y también cobarde. Jesús no es solo el “hombre”, Jesús es Dios mismo y sí, es también Rey. Pilato no pudo o no quiso entender que el reinado de Jesús no quería rivalizar con el poder del César y condena a Jesús a muerte para evitarse problemas con los judíos.

Sin embargo, nuestra propuesta es mirar más a Jesús que a Pilato. En el diálogo en el pretorio con el general romano Jesús dijo: *«Todo el que es de la verdad escucha mi voz»*. Acto seguido Pilato vuelve a preguntar a Jesús: *«¿Y qué es la verdad?»*. Curiosamente esta pregunta queda sin respuesta por parte de Jesús. ¿Por qué? No lo sabemos, pero quizá el evangelista nos pide que nos detengamos aquí. Y claro, nosotros sí conocemos la respuesta, nos la da el mismo Señor: *«Yo soy el camino, la verdad y la vida»* (Jn 14,6). Este “hombre”, vestido de púrpura, coronado de espinas, azotado y condenado a muerte, es, paradójicamente, el camino que conduce a la vida definitiva, el crucificado es el camino que conduce a la verdad plena.

No lo olvidemos. *«Mirarán al que traspasaron»*. El evangelista dice que todo esto sucedió para que se cumpliera la antigua profecía de Isaías del siervo sufriente. Es lo que a nosotros en este día nos toca, siempre, pero hoy día de Viernes Santo especialmente: mirar a la cruz. Y más que mirar, contemplar con profundo agradecimiento la vida del Señor entregada en la cruz por amor, sin resistencia de ningún tipo, sin odio, sin rencor, sin rebelión.

Solo confiado en la Palabra de Dios Padre. ¿Es posible también en el momento de la muerte dar ejemplo de grandeza, de cómo vivir y saber morir? Jesús lo ha hecho por nosotros. Su muerte es semilla de vida, semilla de resurrección. Hoy hay que contemplar al crucificado y dejar que nuestro corazón musite una sencilla y sentida oración. Tus heridas, Señor, y tu muerte nos han dado la vida.

Viernes Santo.

*Viernes de Cruz, de silencio, de recogimiento.
Viernes de mirar al traspasado.
Nuestra mirada y nuestro corazón, Señor,
hoy están especialmente contigo.
Tú siempre estuviste al lado de los que sufrían:
consolando, curando, animando, fortaleciendo.
Hoy el relato de tu Pasión nos hace ser conscientes
de cuánto nos has amado.*



*Solamente aquel que ama de verdad puede dar
la vida por sus amigos.
En Ti, Señor, ninguna palabra es vacía,
pues aquello que dijiste lo cumpliste con tu vida tal día
como hoy, el día de Viernes Santo.*

*¡Tenemos que aprender tanto
de tu capacidad de amor y de entrega!
¡Tenemos que aprender tanto a fiarnos de
la voluntad de Dios como hiciste tú, aunque no la
entendamos!
¡Nos queda tanto camino por recorrer Señor
para intentar parecernos un poquito a Ti!*

*Tú, Señor, que eres justo, protege y salva nuestras vidas.
Tú, Señor, que eres el Dios leal, líbranos de todo peligro.
Tú, Señor, que eres misericordioso,
acoge nuestra vida y disipa nuestros
miedos en el momento de nuestra muerte.
Tu Cruz, Señor, es la puerta para nuestra Salvación.
Amén.*

Rubén Ruiz Silleras

SABADO SANTO – «Desde la oscuridad».

Quando anochece en el mundo empezamos nuestra celebración. No hemos de mirarlo en sentido astronómico. Todo aquí tiene sentido humano. El pavor a la oscuridad se apodera de nosotros cuando esa oscuridad es interior, porque no es la ausencia del astro sol, sino el

vacío, la inseguridad que no nos permite caminar y nos inmoviliza, nos detiene y nos amenaza. La liturgia ha tomado la luz como el signo de esta noche.

Pero la luz no se entiende sin la oscuridad a la que vence. Basta una ligera y pequeña chispa para que nuestra incapacidad de saber hacia dónde ir se transforme. Ya hay un punto que orienta y dirige nuestros pasos. Hay una meta. Nuestro caminar desorientado se convierte en historia. Paso a paso, superando dificultades, remontando obstáculos, levantándose de las caídas, podemos ir al encuentro de ese horizonte que significa el fin de nuestros problemas.



Esa chispa de luz, pequeña y débil, nos ha devuelto el ánimo, las energías y el sentido. Surge la chispa de luz Si contempláramos ayer a Jesús hecho una piltrafa humana, hoy podemos contemplarlo desde la luz que desprende la pequeña chispa que Alguien enciende, con tanto acierto, que consigue iluminar su rostro renovado. Jesús, el que ayer nos era propuesto como imagen del ser reducido a cadáver humano por la historia, hoy nos ponen en alerta: **¡Mirad bien! ¡No está muerto!**

Nos puede parecer que los mensajeros de semejante noticia o son fanáticos abducidos por su fanatismo entusiasta o son pobre gente a los que el miedo y la debilidad ha trastocado en visionarios, ilusos y enajenados. Pero más bien los ha transformado. Aquellos incapaces de ver y entender, han visto y entendido.

Todo lo que el mundo encierra en su interior de anhelo y búsqueda. Todo lo que la realidad contiene y expresa en forma de promesa inalcanzada. Todo lo que hoy, todavía hoy, se descubre en el interior de todo ser humano por buscar, preguntar y otear el horizonte a ver si hay alguna posibilidad de “*ser humanos*”, encuentra respuesta y realización en este gran y sencillo «*Hombre*», que sirvió, ayudó y amó hasta ser eliminado por los que se pretenden grandes del mundo.

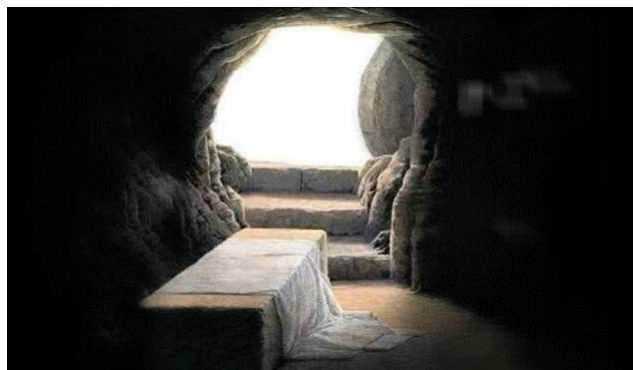
En su sencillez nos mostró la expresión máxima de la que habían hablado los profetas: en el mundo, entre la gente, Dios mismo, escondido siempre en la sencillez, está e interviene. Él resucita a Jesús, confirma que es su Palabra última y nos los presenta como el Hijo de Dios que sabe muy bien de lo que habla. La misma chispa que, incendió la realidad y puso en marcha esto que llamamos cosmos, pone en marcha una dimensión nueva. Nos ha cambiado la vida haciéndonos a todos hijos de Dios. Felices quienes sabemos esto. Ya no tenemos miedo. Hay futuro. Hay Vida.

PASCUA DE RESURRECCIÓN – «Vuelve la Vida».

Dios sale al encuentro de cada persona y transforma su corazón aun en las situaciones más complicadas. No debió ser nada fácil, para los discípulos de Jesús, verle colgado en una cruz. Todo indicaba que su vida había acabado mal. Quienes lo habían seguido vivían la soledad

más profunda ante la ausencia de su maestro y, al mismo tiempo, tenían un castigo similar. ¿Les sucedería lo mismo a ellos? ¿Cómo iban a seguir ahora? ¿Había merecido la pena lo que habían experimentado con Jesús?

Pedro, que aglutina a toda la comunidad, Juan, que es la referencia de discípulo, y María Magdalena, que representa a todas las mujeres (y a quienes no contaban) presentan la experiencia de los discípulos ante una realidad cruda y compleja. Ante la muerte del Maestro no huyen, no se dispersan, no lo abandonan..., siguen unidos a él y quieren estar cerca, junto a la tumba. Están juntos en un camino complejo pero común. Unidos ante la muerte de Jesús sin saber cómo va a ser su futuro.



La tumba vacía le abre el paso a una experiencia plena. Sin embargo, el encuentro con el Señor resucitado no se impone ni la fe se obliga. Pedro, Juan y María son capaces de encontrar, en la tumba vacía, el camino al Resucitado. ¡Ya lo había anunciado Él! Ahora sí que hay luz y comienza el amanecer que sigue a la noche de la muerte en cruz. El Señor está vivo y nace la Iglesia. No fue la euforia ni la inconsciencia lo que movió a los discípulos, sino la certeza de que Aquel a quien habían seguido estaba con ellos, aunque muchos no lo descubrieran.

Nosotros, en muchas ocasiones, pedimos evidencias. Sin embargo, no hay mayor evidencia que el encuentro cotidiano con el Señor, compartir la vida con Él, escuchar su Palabra y acoger su voluntad. Quien vive y ama así, en las situaciones difíciles, también sabrá reconocerlo... aunque requiera su tiempo.

El encuentro con Jesús resucitado no se queda en un acontecimiento íntimo y oculto, sino que transforma radicalmente la vida de quien la experimenta. De la decepción por la muerte al compromiso por hacer presente el nombre de Jesús en todos los confines de la tierra.

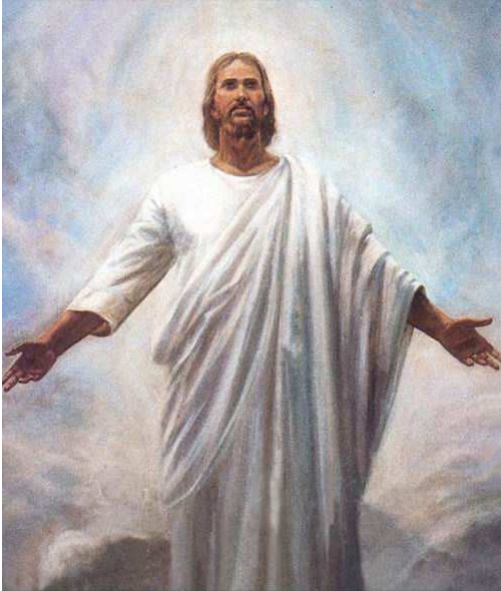
Todos, con los apóstoles y las mujeres del evangelio, somos misioneros y evangelizadores. Estamos llamados a vivir el mensaje de Jesús y a compartirlo allá donde estemos. Como los primeros discípulos viviremos momentos de luz y de oscuridad, de ilusión y de decepción... pero el Señor sigue saliendo a nuestro encuentro y cuenta con nosotros para contagiar al mundo la alegría de la Fe. Jesús está vivo y nos enseña a vivir y amar. Ojalá nos contagie de su amor.

Esta mañana

*Esta mañana
enderezó mi espalda,
abro mi rostro,
respiro la aurora,
escojo la vida.*

*Esta mañana
acojo mis golpes,
acallo mis límites,
disuelvo mis miedos,
escojo la vida.*

*Esta mañana
miro a los ojos,
abrazo una espalda,
doy mi palabra,
escojo la vida.*



*Esta mañana
remanso la paz,
alimento el futuro,
comparto alegría,
escojo la vida.*

*Esta mañana
te busco en la muerte,
te alzo del fango,
te cargo, tan frágil.
Escojo la vida.*

*Esta mañana
te escucho en silencio,
te dejo llenarme,
te sigo de cerca.
Escojo la vida.*

Benjamín González Buelta, SJ

¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. ¡Ha resucitado! ^(Mc 16,6).

Agustín Alcaraz García